

MIGUEL ÁNGEL GONZÁLEZ MAJARRÉS

UNA CURIOSA EPÍSTOLA DE ANDRÉS LAGUNA A  
RODRIGO REINOSO: ESTUDIO, EDICIÓN Y TRADUCCIÓN

## 1. Introducción

El segoviano Andrés Laguna (ca. 1511-1559), uno de los grandes humanistas médicos del siglo XVI español, ha legado a la posteridad un amplio corpus constituido fundamentalmente por obras latinas, como no podía ser menos en una época en que la lengua del Lacio era el principal vehículo de cultura y de ciencia y los autores clásicos habían vuelto a ser considerados modelos irremplazables para la expresión literaria. No obstante, la obra latina de Laguna (en realidad casi todo aquello que no sea su traducción castellana de la *Materia médica* de Dioscórides), sigue siendo hoy prácticamente desconocida, con lo que el estudio y la publicación de la misma se convierte en tarea ineludible del filólogo (1). En tal sentido, y aprovechando las limitadas dimensiones que permite un artículo científico, nos hemos decidido por sacar a la luz esta curiosa epístola literaria que Laguna dirigió al médico Rodrigo Reinoso como colofón de su *Anatómica methodus*, una obra de juventud que escribió y publicó en París en 1535. Y hablamos de epístola «curiosa» por la trama literaria que Laguna sabe darle y que muestra ya en este trabajo lo que será una de las características fundamentales de su escritura: el empleo recurrente de las licencias retóricas, la mezcla constante de lo serio y lo gracioso, la búsqueda de la amenidad y la docencia. La trama literaria de que hablamos se fundamenta en un juego prosopopéyico que en la perfectamente con la tradición: Laguna se ve forzado a escribir esta carta a su amigo y mentor Reinoso después de haber tenido un sueño en que su propio libro, la *Anatómica methodus* recién escrita, se resiste con palabras y argumentos de protesta a ser publicado, pues en

su modestia se siente indefenso y vulnerable ante los grandes sabios de la Europa del momento y no encuentra asilo alguno donde poder resguardarse. Ante esta situación desesperada, Laguna recurre a Reinoso para que con sus inigualables dotes vele por su libro y lo acoja y defienda como criatura de su propia estirpe.

Por todo ello, pues, antes de ofrecer la edición y traducción de la carta conviene realizar una pequeña semblanza e interpretación histórica de la misma y desentrañar las líneas directrices de su entramado lingüístico y literario.

## 2. Contexto histórico

Andrés Laguna, tras haber estudiado en Salamanca los dos primeros años del Bachillerato de Artes, se trasladó a París a finales de 1530 o comienzos de 1531 para cursar allí su tercer año y realizar después el Bachillerato de Medicina. El joven Laguna, como otros muchos españoles en aquel momento histórico, eligió la capital francesa para llevar a cabo su formación, sin duda animado por el ambiente que reinaba en ella y en cierta forma condicionado por su propia situación personal: él, un hijo de converso, tendría muchas más posibilidades de promoción en una capital donde empezaba a emerger con fuerza el humanismo médico y sobre todo donde había enraizado de forma sustancial la corriente de pensamiento de Erasmo y de Vives, que por entonces visitaban a menudo París (2).

Pero además Laguna coincidió en la capital francesa con el momento de eclosión de la anatomía y la cirugía galénicas: por aquellos años en París la anatomía cobró un fuerte impulso como materia docente universitaria y la disección de cadáveres humanos, hasta entonces muy restringida, comenzó a practicarse como ejercicio didáctico en el que podían participar los propios alumnos (3). El mismo Laguna, como refiere en varios pasajes de la

*Anatomía methodus*, tomó parte activa en tales disecciones, a las que acudía bajo la supervisión de su maestro Jean Tagault (4).

Así pues, bajo el magistrado de Jean Tagault, Decano a la sazón de la Facultad de Medicina, erudito y helenista (5), del alemán Gunther von Andernach, traductor de Pablo de Egina, de Galeno y uno de los más importantes médicos humanistas del momento, así como de otro de los grandes galenistas de la época, el francés Jacques Dubois (Silvio) fue como el joven Laguna comenzó su formación en medicina. Con tales hombres la Universidad de París se convirtió en el centro del emergente galenismo humanista, y fue precisamente la *Anatómica methodus* de Laguna, un alumno que tuvo por condiscípulo, entre otros, al insigne Vesalio, la que alcanzó el honor de convertirse en la primera obra sobre métodos anatómicos publicada por la escuela de París, en la que se recogen los principios básicos de dicho galenismo contrastado en ciertos momentos con la propia práctica disectiva (6).

En tales circunstancias, pues, no es de extrañar que el joven Laguna, un perfecto desconocido en el panorama médico del momento, busque, a modo de *captatio benevolentiae*, alguna forma de resaltar la modestia de su obra por haber osado adelantarse a sus propios maestros en la publicación de un trabajo anatómico. Esa forma de modestia que como toda *captatio benevolentiae* constituye al mismo tiempo un modo conspicuo de autoformación, es la función que en un principio parece desempeñar la epístola final a Rodrigo Reinoso. En efecto, la ficción creada por Laguna le permite desarrollar un recorrido por diferentes lugares de Europa en el transcurso del cual establece distintas valoraciones: su propio libro le dirige en sueños una retahíla de lamentos y quejas por sentirse excesivamente desvalido y vulnerable ante el ambiente cultural que domina la Europa del momento.

Y así, el primer sitio en donde la *Anatómica methodus* ve una amenaza inevitable es en la propia Universidad de París, pues, como dice, si llega a caer en manos de Tagault o Andernach, no tendrá

esperanza alguna de salvación. La ficción en este caso le sirve a Laguna para elogiar sin reservas a sus dos maestros, a quienes considera los médicos más doctos eruditos y humanistas del momento, al mismo tiempo que parece adivinarse en tales palabras una solicitud de perdón por haberse atrevido a publicar esta obra antes de que ellos mismos hiciesen lo propio con las suyas (7).

En recorrido, el libro menciona como lugar de inevitable amenaza la ciudad de Flandes por encontrarse allí la excelsa figura el valenciano Luis Vives, gran humanista y seguidor de Erasmo, a quien Laguna venera sin reservas y de quien destaca su erudición, su talento y su tarea de «purificación» de los clásicos y censura de los medievales. En este caso, Laguna aprovecha la ocasión para alabar a un hombre con cuyo compromiso político, crítico y religioso se siente, quizá, plenamente identificado.

La situación cambia bruscamente en el último lugar al que pasa revista, la ciudad de Salamanca, pues en ella, exceptuando a unos pocos, los demás son todos unos charlatanes y unos escolásticos, que echarán por tierra su *Anatómica methodus* con sus intrincadas argumentaciones y complicados razonamientos. Esta crítica permite suponer un cierto resentimiento de Laguna hacia el que fue su primer centro de estudio y, sobre todo, viene a ser una muestra del contraste que experimentó con respecto a París, pues pasó de una Universidad donde todavía primaba la enseñanza de carácter medieval a otra, más moderna, en la que se imponía con fuerza la nueva corriente humanista (8).

Ante esta situación, por tanto, Laguna recurre a quien es el destinatario de su epístola, el médico Rodrigo Reinoso, para que sea él quien vele por su libro y lo defienda de sus posibles detractores. En lugar de dar curso a la petición de la propia obra para que no sea publicada, el médico segoviano, en un giro de tuerca intencionado que muestra, pese a su modestia anterior, el orgullo y la satisfacción de su trabajo, anuncia su intención decidida de sacarlo a la luz y encomendar su protección a Reinoso.

Ahora bien, ¿por qué hace tal cosa precisamente con Reinoso, un médico no muy destacado en el panorama internacional, en vez de aprovechar la ocasión para realizar lo propio con alguno de sus grandes e influyentes maestros parisinos? La respuesta quizá haya que buscarla en la propia situación personal de Laguna. El médico segoviano había terminado su Bachillerato de Medicina, había publicado algunas obras (9) y, puede suponerse, carecía de una situación profesional consolidada en un país extranjero en el que las relaciones políticas con España pasaban por momentos difíciles. Ante tal situación, la figura de Reinoso se le presentaba con una perspectiva muy halagüeña, pues este médico, que al parecer había estado formándose en Italia, en donde absorbió los preceptos del nuevo humanismo bajo el magisterio de Niccoló Leonicino, había regresado a España tras una breve estancia en París en la que, por lo que se refleja en la epístola, Laguna tuvo cierto trato con él. La relación entre ambos no está nada clara, y de la carta sólo puede deducirse que en algún momento de la estancia del segoviano en París, Reinoso ejerció sobre él un benéfico influjo y constituyó un acicate para su dedicación al estudio.

Así pues, en un principio lo único que sabemos por la epístola es que Reinoso, en su regreso de Italia, estuvo algún tiempo en París y que allí, de alguna manera, ejerció su magisterio y su influencia sobre el joven Laguna. Más tarde, Reinoso volvería definitivamente a España, en concreto a Alcalá de Henares, donde ocupó desde 1538 una cátedra de Primera en la Facultad de Medicina, en cuyo desempeño, como introductor y defensor del nuevo galnismo humanista, se enfrentó al «avicenista» y «medieval» Pedro León (10). Poco más se sabe de Reinoso, salvo que se mantuvo en su cátedra hasta 1549, año en que fue sustituido por Cristóbal de Vega. Por lo demás, no se conserva ninguna obra suya y apenas aparece citado en los trabajos de sus contemporáneos o sucesores (11).

La relación entre Laguna y Reinoso, sin embargo, podría rastrearse hasta algunos años más tarde. En efecto, cuando el sego-

viano regresa a España a finales de 1535, en donde se establece hasta 1539, es segura su estancia en Alcalá al menos en algunos momentos del año 1538, justo cuando Reinoso ocupa su cátedra de Prima. En estos años, de gran oscuridad e inseguridad en la biografía de Laguna, el segoviano estuvo buscando fortuna pro diversos lugares hasta que, en 1538, recaló en Alcalá para publicar algunas obras nuevas (12) y, como parece, intentar ejercer su magisterio en alguna cátedra menor de medicina, anatomía o incluso griego (13). La cosa no está nada clara, pro a tenor de los acontecimientos es posible suponer que en 1538 Laguna recurriese a Reinoso para que le ayudase a entrar de alguna manera en la floreciente Universidad de Alcalá o, en todo caso para que le introdujera en los círculos eruditos y elevados de la España del momento. Sea como fuere, la mediación de Reinoso no debió de darle buenos resultados, pues Andrés Laguna se marcha de España en 1539 y se mantendrá por diversos países de Europa hasta su vuelta definitiva a finales de 1557 o comienzos de 1558.

### **3. Análisis lingüístico y literario.**

La epístola de Laguna a Reinoso es una muestra clara del latín cuidado y neoclásico de los humanistas del siglo XVI, que propugnaban la imitación de los clásicos como paso ineludible para la perfección lingüística y literaria (14). Desde muy pronto, Cicerón se convirtió en el modelo humanístico por antonomasia para la prosa latina, aunque también hubo otras corrientes que, en reacción al ciceronianismo exacerbado, propugnaban para tal cometido a autores arcaizantes como Apuleyo o Gelio, o mostraban una aptitud ecléctica en virtud de la cual cualquier autor latino, incluso de épocas tardías o del propio período medieval, era digno de imitación para literato renacentista (15). Esta última corriente es, en efecto, la que va a dominar en los escritos de los grandes humanistas médicos de la época que, salvo excepciones (16), buscarán la inteligencia y la claridad de sus trabajos por encima de todo alarde esti-

lístico y formal. Aun así, los médicos humanistas eran en muchos casos grandes literatos que aprovechaban cualquier ocasión para dejar constancia de su dominio latino y de su capacidad estética y literaria, lo que ponían en práctica especialmente en la redacción de las epístolas nuncupatorias de sus obras, convertidas ya en un auténtico género isagógico. Pues bien, algo semejante es lo que podemos decir de la carta que nos ocupa: aunque no se trata propiamente de una epístola nuncupatoria, pues la *Anatómica methodus* va dedicada al obispo de Segovia, puede considerarse como un colofón literario redactado en forma de epístola en el que el joven Laguna trata de desplegar sus conocimientos latinos e incluso griegos) y dejar constancia de su más depurada latinidad.

El latín de la epístola a Reinoso, en definitiva, es un latín pretendidamente clásico en todos sus ámbitos, tanto en el fonético, como en el morfológico o el sintáctico.

Pasando por alto el primero de ellos, que atañe más bien a cuestiones ortográficas y de edición, la morfología no reviste especial relevancia, aun cuando existen algunos rasgos que podríamos considerar característicos del latín de Laguna: empleo del acusativo plural en *-eis*, que parece obedecer a cierto prurito arcaizante: *aureis* (1.20), *vireis* (1.51); también como ejemplo de arcaísmo podemos entender el empleo del infinitivo pasivo en *-ier*: *exulcerarier* (1.27); uso frecuente del diminutivo: *borulam* (1.11), *calculis* (1.27), *cornicula* (1.29); empleo insistente del superlativo, propio de las epístolas laudatorias de esta naturaleza, tanto con el acostumbrado sufijo *-issimus*: *dissertissimo* (1.1), *cumalattissimo* (ibid.), *vigilantissimo* (1.1-2), *dignissime* (1.5), etc., como con el prefijo *per-*: *perpaucos* (1.23), *percelebres* (1.24); empleo corriente de *per-* en formas verbales de valor intensivo, perfecto y encarecedor: *peruenerim* (1.14), *periisse* (1.27), *perlegere* (1.55), *perlustrans* (1.56), etc.; uso de adjetivos en *-bundus*, sufijo de gran expresividad y productivo ya en época clásica, pero especialmente frecuente en latín tardío: *lacrhyumbundum* (1.6), *haesitabundus* (1.35), *desperabundo* (1.38), etc.

Los usos sintácticos que encontramos en la epístola son puramente clásicos, tanto en el empleo de las subordinadas como en el de los adjetivos y pronombres demostrativos, deícticos y poseivos. Podríamos destacar, no obstante, como rasgo característico, el uso frecuente de la pasiva impersonal en construcción perifrástica: *prodeundum est* (1.8), *volitandum* (1.9), *soluendum est* (1.14); *est nauigandum* (1.22), etc. Asimismo, el orden de palabras respeta perfectamente la norma clásica y, como era corriente en los autores antiguos, también aquí se aprovecha la ductilidad de la lengua latina para construir figuras sintácticas del tipo de los quiasmos: *venustate sermonis, Graecarum literarum peritia* (1.41); las anástrofes: *hac ex cruce* (1.38); las anticipaciones, como la del relativo a su antecedente: *quem et tu optime nosti, praeclarissimus Ludouicus Viues* (1. 15-16); las disyunciones, es decir, la separación de elementos sintácticos unidos: *ad eruditissimi iohannis Tagautii, ob suam admirandam prudentiam atque doctrinae medicae facultatis Decani, aut vigilantissimi simul et fidelissimi Graecorum interpretis Iannis Guinterii manus* (1. 12-13); las anáforas, construidas en formaciones paralelas de naturaleza trimembre: *per tot manus, per tot ora, per tot denique iudicia* (1.8), *quanta animi propensione, quanta pectoris synceritate, quanta rerum omnium industria* (1.47-48), etc.

Junto a todas esas figuras sintácticas, las pretensiones estéticas de Laguna se sostienen también en el empleo de las figuras retóricas y de dicción, entre las que cabe destacar, en somero repaso, las lítotes: *non vulgarem* (1.34), *haud vnquam peritura* (1.39); las interrogaciones retóricas, de gran efectismo en el parlamento del libro : *Quid? Itane mihi prodeundum est? Siccine per tot manus, per tot ora, per tot denique iudicia hominum volitandum?* (1.8-9); las pretericiones: *vt caetera de te taceam* (1.40-41); los símiles y comparaciones: *veluti Horatiana illa cornicula* (1.29), *vt tanquam pulli qui magna volandi libidine accensi (...), ita ego immaturus ...* (1.30-33); las metáforas, aquí frecuentes sobre todo en lo referente al léxico de la navegación 17: *eas oras suo splendore gubernat* (1.16-17), *alio nobis est nauigandum* (1.22), *post tot naufr-*

gia (1.28), pero también en otros contextos: *s forte ad te noster partus et quidem male nutritus peruenerit* (1.52) (18), *tot calculis atque censuris toties exulcerarier* (1.27); las sinécdoques y metonimias, especialmente aquellas, ya frecuentes en los textos clásicos, en las que se usa el nombre de algunos dioses grecolatinos: *apollines* (1.11) para designar a los médicos, *Arte Paeonia* (1.1) para referirse a la medicina, *minerua* (1.56) para aludir a la capacidad intelectual de alguien, *Vulcano* (1.21) para referirse al fuego, etc. Por último debemos hacer referencia a la figura central de la epístola, es decir, la personificación o prosopopeya, pues de ella se vale Laguna para la construcción de la carta, ya que da vida y voz a su propia obra. Este recurso, frecuente en la tradición literaria, es muy querido para Laguna, pues no en vano vuelve animados algunos miembros del cuerpo humano en la *Anatómica methodus*, como ocurre con los riñones (f. 28<sup>r</sup>); hace hablar al arte médica en la *Apologetica epístola in Ianum Cornarium medicum* (f. A3<sup>r</sup>); representa a Europa como una mujer vieja y decrépita en su famoso discurso *Europa sese discrucians*; o, en fin, pone en boca de sus propios libros algunos poemas iniciales con los que se dirigen a sus benefactores, tal como sucede, por ejemplo, en el *De articulari morbo commentarius* o en la *Sectio II* de las *Epitomes* de las obras de Galeno.

En líneas generales, el léxico que emplea Laguna en esta epístola vuelve de nuevo a situarse en los cauces del más puro clasicismo, con términos no muy usados en los textos antiguos, pero, en todo caso, atestiguados en autores de la época clásica, en una mezcla indiscriminada de vocabulario prosaico y poético. Es así lo que ocurre con vocablos como *fucata* (1.19), *emporium* (1.23), *peragrationes* (1.28) o *propensione* (1.48), atestiguados en Cicerón; *barathra* (1.31), presente en Virgilio; *lachrymabundum* (1.6), que aparece en Tito Livo; *haesitabundus* (1.35), atestiguado en Plinio; *cauillos* (1.24), que se documenta en la obra de Apuleyo. Pese a todo, y respondiendo a ese carácter ecléctico de la lengua de Laguna, en la línea de algunos humanistas como Poliziano o Erasmo, hay también algunos términos que no encuentran en los

textos clásicos, sino que comienzan a aparecer en autores cristianos, como sucede con *exhortator* (1.25), *desperabundo* (1.38) o *blattarii* (1.24) (19).

El entramado literario de la epístola, de todos modos, está construido por medio de retazos expresivos y locuciones tomados de la lectura de los clásicos, algo natural y corriente en la prosa humanística. Se trata, en efecto, de ecos literarios que Laguna extrae posiblemente de sus propias lecturas y que ha convertido en clisés expresivos de los que echa mano sin cesar para el adorno literario de sus escritos. De esta forma, hallamos expresiones como *fracti animi (...) tranquillitatem* (1.4), que recuerda vagamente la *tranquillitas animi* de Cicerón (*off.* 1, 69) (20); *minime gentium* (1.11), locución usada por Terencio (eun. 625); *incussissem timorem* (1.34-35), ya empleado de modo semejante por Cicerón (*Tim.* 37 y de *orat.* 2, 209); *curarum aestu* (1.39), fórmula usada por Virgilio (*Aen.* 8, 19); *máximo rerum usu* (1.41), frase semejante a la ciceroniana *usus rerum maximarum* (*rep.* 1,37); *resumpsi spiritus atque vireis* (1. 50-51), ya empleado de modo parecido por Ovidio (*met.* 9, 193); *nostras hasce nugas* (1.55), que recoge un conocido verso de Catulo (1.4), después aprovechado por Plinio en la *prae-fatio* 1 de su *Naturalis Historia*.

Esta urdimbre Clásica, además, se complementa con el empleo frecuente de refranes, frases hechas y aforismos que Laguna deja resbalar en su epístola como expresiones naturales de su propio lenguaje y que, en su mayor parte, aparecen recogidas en algunas obras que se convirtieron con el tiempo en diccionarios de citas y refranes como ocurrió sobre todo con los *Adagia* de Erasmo (21). En la carta, a pesar de su brevedad, encontramos algunas de estas frases, casi siempre introducidas, para indicar su carácter popular, por expresiones del tipo *quod dicitur* o *vulgo*. Es así como ocurre con *in vtranque aurem dormientem* (1.6), fórmula muy extendida en la prosa humanística que remonta su origen a Terencio (*Phorm.* 506) (22). Asimismo, como referencia erudita y culta debe considerarse la alusión que se hace a la *Horatiana*

*illa cornicula* (1.29), que se encuentra en una conocida epístola (1,3,19) del poeta latino y que Laguna aprovecha para compararla con su desventurado libro (23).

Por último, insistiendo en ese afán del médico segoviano por dotar a su escrito de calidad literaria, de erudición y cultura, debemos referirnos al empleo del griego que aquí se manifiesta. En efecto, Laguna no desaprovecha la ocasión para introducir en su texto, con el fin de elevar su nivel y a imitación de los clásicos latinos, términos y vocablos en griego, como es el caso de *φιλολοιδόροι* (1.24, empleado por Demóstenes y Aristóteles) y *πράξις* (1.43), vocablo de evidente resonancia técnica que se utilizaba, como ocurre aquí, para referirse a la práctica médica. Pero no sólo hace uso Laguna de términos aislados en griego, sino que, en un intento de mostrar su dominio y conocimiento de la lengua helena, se decide también a incluir en griego la cita de un dístico anónimo referido a Hipócrates y muy conocido para los estudiantes médicos (1.45-46) (24), así como un dicho final (1.58) que entraría en el ámbito de los refranes, esta vez enunciado en lengua griega por mero prurito de humanista (25).

#### 4. Edición y traducción

La *Anatómica methodus* de Laguna, y con ella la correspondiente epístola final a Rodrigo Reinoso, conocido dos únicas y simultáneas ediciones renacentistas, ambas aparecidas en París en el año 1535: una en el taller de Jacob Keruer (*Jacobus Keruer*) y la otra en el de Louis Blaubom (*Ludouicus Cyaneus*) (26). Estas dos ediciones, por lo tanto, constituyen los únicos testimonios del texto de Laguna hasta el día de hoy, puesto que esta obra no ha vuelto a ser reeditada nunca más. Es nuestra intención, por tanto, editar aquí el texto correspondiente a la epístola dirigida a Reinoso, lo que hemos llevado a cabo contrastando las dos versiones renacentistas, aunque de ello apenas hemos podido cabo contrastando

las dos versiones renacentistas, aunque de ello apenas hemos podido extraer variante alguna, pues el texto es idéntico en ambos casos. Aunque hemos tratado de ser lo más fieles posibles a las ediciones originales, nuestra intervención en el texto latino ha sido necesaria en el ámbito de la puntuación, que hemos adecuado ligeramente, con el propósito de facilitar su lectura, a los parámetros actuales por los que se rige.

En lo que se refiere a la traducción, la *Anatómica methodus* y también, por lo tanto, la epístola a Reinoso, ha tenido la fortuna de ser traducida a algunas lenguas modernas, concretamente al inglés, a cargo de L.R. Lind en su obra *Studies in pre-Vesalian Anatomy. Biography, Translations, Documents*. Filadelfia 1975, pp. 263-294 (la epístola en pp. 293-294), y al italiano por obra de G. Rialdi y U. Ceccarelli, con el título *L'Anatómica Methodus di Andrés Laguna, 1499-1560*, Pisa 1968 (la carta en pp. 98-100). De ambas, aunque sobre todo de la versión inglesa, más completa y atinada, nos hemos servido como contraste para nuestra traducción, que viene a ser, en consecuencia, la primera que se realiza en castellano. Para ello nos hemos guiado por la máxima de la fidelidad al texto latino, tratando de respetar en lo posible el estilo de Laguna. Los términos y versos griegos que aparecen en el texto también han sido traducidos, aun cuando los mantenemos en cursiva para destacar su condición de palabras extranjeras. Con el fin de evitar el tedio en la lectura, en fin, hemos reducido al mínimo las notas explicativas al texto, para cuyo cabal entendimiento hemos preferido reservar el estudio preliminar de las páginas precedentes.

NOTAS

(1) Nuestras aportaciones al conocimiento del latín de Laguna y de su tarea humanística en general se han plasmado en forma de artículos («La crítica textual en la obra médica de Andrés Laguna», *Actas del Congreso Internacional sobre Humanismo y Renacimiento*, León 1998, vol. I, pp. 391-400, «*Victus ratio scholasticis pauperibus...*», una obra de dietética de Jacques Dubois falsamente atribuida a Andrés Laguna», *Actas del II Congreso de la Sociedad de Estudios Latinos* [en prensa], y sobre todo en nuestra Tesis Doctoral, *El humanismo médico de Andrés Laguna*, Valladolid 1998, que actualmente se encuentra en vías de publicación.

(2) En efecto, la práctica de la religión interior y el cristianismo evangélico propugnados por Erasmo y sus seguidores constituía un caldo de cultivo idóneo para los españoles conversos o hijos de conversos que residían en aquellas tierras. En realidad, la elección de Laguna de ir a París quizá estuviese también condicionada por el hecho de que ya habitasen allí otros segovianos ilustres, especialmente los hermanos Antonio y Luis Corone, pertenecientes a una de las más importantes familias conversas de Segovia, vecinos en la capital castellana de la familia de Laguna y amigos personales del propio Erasmo. Sobre aquel ambiente, cf. R. García Villoslada, *La Universidad de París durante los estudios de Francisco de Vitoria O.P. (1507-1522)*, Roma 1938.

(3) cf. C.D. O'Malley, «Los saberes morfológicos en el Renacimiento. La anatomía», en P. Laín Entralgo (ed.), *Historia Universal de la Medicina. vol. IV. La medicina moderna*, Barcelona 1981 (=1971), pp. 43-77; A. Carlino, *La fábrica del cuerpo. Libri e dissezione el Rinascimento*, Turín 1994; A. Cunningham, *The Anatomica I Renaissance. The Resurrection of the Anatomica I Projects of the Ancients*, Hants-Vermont 1997.

(4) Algunas referencias a tales disecciones parisinas a las que asistió Laguna pueden encontrarse siempre dentro de la *Anatómica methodus*, en los ff. 16v, 22v, 28r, 32r, etc. Por poner un ejemplo, reproducimos las palabras con las que describe el descubrimiento patológico realizado por Tagault en el transcurso de una disección: *Eodem etiam mense, nobilis quaedam herois, a doctissimo doctore Tagautio apud Stampas fuit dissecta, cuius vesica fellis, duobus vel corpulentissimis instar gladium lapidibus occupabatur, quum ne minimam quidem regii morbi antea medicis suspicionem dedisset* (f.24v).

(5) cf. V. Nutton, «Humanist Surgery», en *The Medical Renaissance of the Sixteenth Century* (A. Wear, R. K. French, I.M. Lonie, eds.), Cambridge 1985, pp. 75-99.

(6) Sobre el valor médico de la *Anatómica methodus* de Laguna, cf. Ch. D. O'Malley, «Andrés Laguna and his *Anatómica methodus*», *Physis* V 1 (1963), pp. 65-69.

(7) De hecho, al año siguiente, en 1536, Andernach sacó a la luz sus famosos *Institutionum anatomicarum libri quinque*, de mucha mayor influencia en la anatomía humanista que la propia obra de Laguna. Andernach, pese a que desde 1540 abandonó París y se hizo adepto del protestantismo, siempre fue uno de los maestros más queridos de Laguna, a quien dirige palabras de elogio y admiración en varias de sus obras, como ocurre en la epístola nuncupatoria del *De pbisiognomicis* (1535), en la del *Compendium curationis precautionisque morbi passim populariterque grassantis* (1542) o, sobre todo, en la de las *Annotationes in Galeni interpretes* (1548).

(8) Sobre esta cuestión, cf. M.J. Pérez Ibáñez, *El humanismo médico del siglo XVI en la Universidad de Salamanca*, Valladolid 1997.

(9) Laguna publicó en París tres obras en el año 1535, es decir, unos meses antes de regresar a España: una traducción latina de pseudoaristotélico *De pbisiognomicis*, la *Anatómica methodus* y una traducción latina del pseudogalenico *De urinis*.

(10) Así lo cuenta Alvar Gómez de Castro, *De las hazañas de Francisco Jiménez de Cisneros*, ed. y trad. de J. Oroz Reta, Madrid 1984, libr. 8º, p. 544: «De la escuela de médicos se encargó Pedro León, de Toledo, hombre de excelente memoria y cultura, pero a veces atacado de tal ímpetu de ira, que mientras explicaba en público, apenas se podía refrenar. (...) Tuvo como rival en las clases a Juan (sic) Reinoso, que había llegado hacía poco de Italia, y apoyado en el conocimiento de la literatura griega que conocía muy bien se atrevió a juzgar a León como un profesor encenagado; cambió la escuela de medicina y la que hasta entonces se había regido por las normas directrices de la escuela árabe, se adaptó a las máximas de los griegos, descartado León casi por completo».

(11) Ni siquiera se nos dice nada de él en el *Diccionario histórico de la ciencia moderna en España*, 2 vols., Barcelona 1983, realizado por J. M. López Piñero, Th. F. Glick, V. Navarro Brotons y e. Portela Marco, salvo una somera línea incluida en la entrada correspondiente a Cristóbal de Vega: «En 1549 (sc. Vega) ocupó la cátedra de Prima que había dejado vacante Rodrigo Reinoso, principal introductor del galenismo humanista en Alcalá» (p. 401). Por otro lado, A. Hernández Morejón, *Histori bibliográfica de la medicina española*, Madrid 1842-1852, vol. II, p. 16, incluye las breves noticias que aquí hemos expuesto sobre él, añadiendo, muy probablemente por tener constancia de la epístola de Laguna, que Reinoso fue amigo del segoviano y que en Italia había sido discípulo de Leoniceno. Estos datos vuelven a aparecer recogidos en A.I. Martín Ferreira, *El humanismo médico en la Universidad de Alcalá* (siglo XVI), Alcalá de Henares 1995, p. 47.

(12) Concretamente publicó en la recién creada imprenta de Juan de Brocar un volumen con tres obras traducidas del griego: el pseudoaristotélico *De mundo*,

dedicado a Carlos V. la *Tragopodagra* de Luciano, dedicada a López Escorial, promédico de Carlos V, y el *Ocypus* también de Luciano, destinado a Gonzalo Pérez, secretario imperial. los destinatarios de sus obras son personajes de gran importancia, lo hace suponer, más que una amistad cierta de Laguna con todos ellos, un intento de éste por granjearse sus favores. Por otro lado, es posible que también mediara el propio Reinoso ante el editor Brocar para que accediera a la publicación de este volumen, en el que prácticamente inauguró su taller, y que la obra salió a la luz el 14 de Noviembre de 1538, dos días después de que la imprenta de Brocar comenzará su funcionamiento. Cf. J. Martín Abad, *La imprenta en Alcalá de Henares* (1502-1600), 3 vols., Madrid 1991, vol. I, p. 89.v

(13) Esta es la opinión, por ejemplo, de M. Bataillon, «Compte-rendu» (reseña a la obra de C. Dubler, *La «Materia Médica» de Dioscórides. Transmisión medieval y renacentista*), en *Bulletin hispanique* 58 (1956), p. 244.

(14) Cf. R. Sabbadini, *Il método degli umanisti*, Florencia 1920; A. García Galiano, *La imitación poética en el Renacimiento*, Kassel 1992.

(15) Sobre estos asuntos, df. R. Sabbadini, *Storia del ciceronianismo e di altre questioni letterarie nell'Età della Rinascenza*, Turín 1886; J.M. Núñez, *El ciceronianismo en España*, Valladolid 1993; J.F. D'Amico, «The idiom of Roman humanism», *Renaissance Humanism in Papal Rome. Humanists and Churchmen in the Era of Reformation*, Baltimore-Londres 1983; Id., «The Progress of Renaissance Latin Prose: the Case of Apuleianism», *Renaissance Quarterly* 37 / (1984), plp. 351-392; E. Asensio, «Ciceronianos contra erasmistas. Dos momentos (1528-1560)», *Révue de littérature comparée* 24 (1978), pp. 125-155.

(16) Como puede ser, por ejemplo, el caso de Vesalio, que intentó aplicar en la prosa médica el estilo ciceroniano y buscó un purismo léxico que tomará como modelo la obra de Celso. Cf. L. Edlstein, «Andreas Vesalius. The humanist», *Bulletin of the History of Medecine XIV* (1943), pp. 547-561; P.P. Conde Parrado, *El De medicina de Cornelio Celso en el Renacimiento* (siglos XV y XVI), Tesis Doctoral, Valladolid 1996.

(17) Sobre la tradición de las metáforas náuticas, cf. E.R. Curtius, *Literatura europa y Edad Media latina*, 2 vols., México-Madrid-Buenos Aires 1955, vol. I, pp. 189-193.

(18) La concepción del libro y la obra de arte como un hijo es una metáfora ya empleada por Platón y después por algunos latinos como Catulo, Ovidio o Petronio, que continuó usándose en la Edad Media y que alcanzó una gran difusión en el Renacimiento. Cf. E. R. Curtius, *ibid.*, vol. I, pp. 196-198.

(19) Este término constituye un ejemplo de confusión léxica y fonética: Laguna quiere designar con él a los 'charlatanes', lo que en latín se decía, según

se atestigua en Gelio, *blatero*, o con el adjetivo *blateratus*, así usado por Sidonio Apolinar, campo léxico que aumentó en el Renacimiento con nuevas formaciones como *blateramentum*, *blaterator* o *blateratrix*. Pues bien, lo que ha ocurrido aquí es que se ha asimilado la palabra *blattarius* (que procede de *blatta*, 'polilla' y 'púrpura'), con el término *blatero* y sus derivados dándole a aquélla el significado de éste. En tal sentido, pues, la nueva aceptación de *blattarius* haría de él un neologismo semántico. Para éste y los demás términos referidos, cf. R. Hoven, *Lexique de la Prose Latine de la Renaissance*, Leiden-Nueva York-Colonia 1994, s.v.

(20) Empleamos las abreviaturas del *Thesaurus Linguae Latinae*, Leipzig 1900 y ss.

(21) El gusto de Erasmo por la expresión sentenciosa, el refrán y el aforismo es cosa conocida de todos. El propio Laguna, posiblemente influido por el ilustre holandés, también usó de ellos con profusión en sus obras, sobre todo en el *Dioscórides*, pero también en su *Europa sese discrucians* y en su traducción y comentarios del pseudoaristotélico *De virtutibus*, en las que se aprovechó notablemente de los *Adagia* erasmianos. Cf. M. Bataillon, «Sobre el humanismo del doctor Laguna. Dos libritos latinos de 1543», *Erasmus y el erasmismo*, Barcelona 1977, pp. 286-326 y M. A. González Manjarrés, *El humanismo médico ...* op. cit., pp. 471-472.

(22) Ambos dichos latinos están recogidos por Erasmo en su *Adagia*, el primero en I, 7, 19, p. 223b, enunciado como *in utramuis dormire aurem*, y el segundo en I, 5, 25, p. 140b, que aparece como *auribus lupum tenero*. Cito por la edición *Chiliades Adagiorum opus integrum et perfectum...*, Colonia 1540.

(23) En su epístola, dirigida a Julio Floro, Horacio lanza unos reproches a un tal Celso por haberse apropiado de algunos materiales literarios de la biblioteca de augusto en el templo de Apolo en Roma, y para ello se aprovecha de la conocida fábula de la corneja (ya presente en Esopo y Fedro), que se había adornado de múltiples y coloridas plumas robadas a otras aves y que, cuando se vio desnuda de ellas, provocó la risa de todos.

(24) Estos dos versos pueden encontrarse en la conocida *Antología Graeca*, VII, 135. Se trata de dos dísticos elegíacos, el segundo de los cuales es el que cita aquí Laguna.

(25) Este dicho procede en última instancia de un verso de Eurípides, aunque ya había adquirido una gran tradición como aforismo en la época renacentista. También está recogido por Erasmo en su *Adagia*, I, 5, 40, p. 146 a, tanto en griego como en su traducción latina: *Item, illud eiusdem* (sc. Euripidis):

εἷς ἀνὴρ οὐ πανθ' ὀρεῖ, *id est, Vir unus haud uidet omnia.*

(26) Hay ejemplares de ambas obras, circunscribiéndonos al ámbito nacional, en la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense de Madrid y en la Biblioteca Nacional de Madrid; además, existe un ejemplar de la edición de *L. Cyaneus* en la Biblioteca de la Universidad de Salamanca.

Dissertissimo ac multiuga eruditione cumulatissimo, D. Roderico Rhenosio, artis Paeoniae doctori vigilantissimo, Andreas a Lacuna Secobiensis, s [alutem].

5 Quum nudiustertius post multas ac varias lucubraciones, vt humanae imbecillitati est comparatum, nocte plurimum ingrauescente, ad conciliandam fracti animi simul et luxati corporis tranquillitatem, lectum concederem, Rhenosi citra controuersiam dignissime, haud scio quis bonus Genius, ad me profunde quidem, et (quod dicitur) in vtranque aurem dormientem, libellum nostrum lachrymabundum, ita exclamantem induxerit:

10 “Quid? Itane mihi prodeundum est? Siccine per tot manus, per tot ora, per tot denique iudicia hominum volitandum? Sed quando ita animus est (erit enim quando poeniteat), quo me tandem recipiam, implumis, nudus, inermis, tot nasis, tot calamis, tot denique iaculis dilacerandus? An apud Parisienses Apollines licebit mihi vel horulam delitescere? Minime gentium. Nam quae salutis spes mihi superesse videbitur, si ad eruditissimi  
15 Ioannis Tagautii, ob suam admirandam prudentiam atque doctrinam medicae facultatis Decani, aut vigilantissimi simul e fidelissimi Graecorum interpretis, Ionannis Guinterii manus peruenerim? Certe nulla. Lutecia igitur soluendum est. Quid si in Flandriam sit exulandum? At ne illic quidem degere fuerit admodum tutum: quandoquidem quem et tu optime  
20 nosti, praeclarissimus Ludouicus Viues, bonarum literarum vindex acerrimus, Hispanorum omnium decus et numen splendidissimum, eas oras suo splendore gubernat. Qui quidem quum exterminandi adulterinos authores, nullum nec modum nex finem faciat, doctissimosque philosophorum pro sui ingenii dexteritate longe emunctissimos reddat (tanta  
25 hominis est facultas) dispungatque si in eis aliqua reperiantur spuria, friula, atque fucata (facessat hinc calumniatorum libido), si forte ad eius aureis peruenero, tanquam spurium, nothum, ad haec etiam adulterinum, vt quammaxime dignus sum, totum me committet Vulcano. Illic igitur nullum video nobis adesse praesidium: ac proinde alio nobis est nauigandum. An ad florentissimum illud Hispanorum Salamantinum emporium?  
30 At si illinc perpaucos quosdam excipias, qui in politioribus atque etiam medicis musis sunt percelebres, reliqui omnes sunt φιλολοιδόροι, blattarii, atque sophistae. Quorum cauillos et imposturas qui possem ipse dissoluere, in elenchis redargutoriis parum exercitatus? Ex omnibus sane  
35 solum in mihi superesse videtur refugium, vt abortiuus ego, mutilus, maleque compactus, protinus flammis exurar: quandoquidem praestat semel igne periisse, quam tot calculis atque censuris toties exulcerarier. Alioqui futurum est, vt post tot naufragia, post tot procellosa discrimina, post tot turbulentas peragraciones, tanquam ad mearum calamitatum authorem,  
40 veluti Horatiana illa cornicula, implumis ad te reuertar: aut si redire

nobis non liceat, hoc tamen certe licebit, vt tanquam pulli qui magna volandi libidine accensi, prius quam robur aut industriam aliquam compararint, ad baratha praecipitantur atque praerupta, ita ego immaturus, quo nihil rudius, nihil abiectus, vsqueadeo sublimia petam, vt diuino aliquo  
45 fulmine, perinde vt alter filius Apollinis, ad infima vsque detrudar".

Quum itaque huiusmodi multa occlamaret, quae vel maxime exercitatis non vulgarem incussissent timorem, tremiscebam haesitabundus, et (quod dicitur) ex auribus lupum tenens, in maximo angore versabar, acquiesceremne eius sententiae, an potius, vt statueram, eum in lucem  
50 emitterem. Videbatur iusta petiisse, verum tantam me in cassum fecisse dierum iacturam, aegerrime rursus dolebam. Diu igitur hac ex cruce suspensus, iam iam quasi desperabundo, occurristi mihi Rhenosi multo omnium doctissime. Qui sola nominis tui haud vnquam peritura memoria, meum animun incredibili curarum aestu propemodum contabescen-  
55 tem, pronitus exhilarasti. Tu inquam mihi subito in mentem venisti, qui (vt caetera de te taceam) venustate sermonis, Graecarum literarum peritia, maximo rerum vsu, et (quod in viris doctis praeclarissimum esse solet) humanitate summa atque beneuolentia, nostri saeculi medicis numeros numeris antecellis. Nam quod ad medicam quidem πράξις spectat, adeo  
60 habes artem exercitatum, vt quod vulgo in prudentissimum senem illum Hippocratem dici solet,

Πλειδτα τρόπεα νόδων δτήδας ὄπλοις ἡγείρης

Δόξαν ἐλών πολλήν, οὐ τήχη ἀλλὰ τέχνη

quand ab Hippocrate non degeneras, in te ludere non erubescam. Nec inter-  
65 rim excidebat memoria, quanta animi propensine, quanta pectoris synce-  
ritate, quanta rerum omnium industria, ad bonas literas mihi extiteris  
exhortator, tunc potissimum, dum ex Italia profectus, in Lutetiam supe-  
rioribus annis aduolasti. Quibus nimirum omnibus fretus et circumfusus,  
tametsi prorsus animo consternatus, resumpsi spiritus atque vireis, et libe-  
70 illum ceu iam e flammis ereptum, licet inuitum, pronitus excudendum  
curauit.

Tuum igitur es doctor clarissime, si forte ad te noster partus et qui-  
dem male nutritus peruenerit, vt tanquam prolem tibi genuinam, eum foueas  
atque corroboret. Nam si te vnico inter medicos splendidissimo, ad quem  
75 tanquam ad patrem confugit, destituatur, non est amplius vnde sibi prospiciat. Quod si ad animum relaxandum, nostras hasce nugas perlegere tibi fuerit consilium, ita eas perlegas velim, vt mansuetiori calamo, instar benigni censoris adamussim omnia perlustrans, nostrae mineruae imbe-

cillitati, quae fuerint parum commode dicta, pro tua vrbanitate condones:  
80 siquidem illud tibi iam est in confesso, *ὅτι εἰς ἀνὴρ οὐ πανθ'.*

Bene vale Doctor eminentissime, et vt coepisti, de bonis  
lieteris bene merearis.

Lutetiae octauo Calendas Octobres. Millesimo. D. XXXV.

Al disertísimo y poseedor máximo de la más compleja erudición, don Rodrigo Reinoso, vigilantísimo doctor del arte Peonia (1), el segoviano Andrés Laguna envía sus saludos.

Anteayer, cuando tras muchas y varias lucubraciones, ya muy avanzada la noche y como es ley natural de la fragilidad humana, me retiré a la cama para procurar el descanso del ánimo agotado y del quebrantado cuerpo, no sé, Reinoso, sin discusión el más digno de todos los honores, qué buen genio indujo a mi librito, todo envuelto en lágrimas, a presentarse ante mí cuando ya dormía yo profundamente y, como suele decirse, sobre las dos orejas (2), y a prorrumpir en estos lamentos:

“¿Y ahora qué? ¿De esta guisa he de salir al público? ¿Así tengo yo que pasar volando por las manos, los rostros y los juicios de tantísimos hombres? Pero, pues ésta es tu decisión (y vendrá el día en que te arrepientas de ello), ¿adónde podré retirarme, implume, desnudo, desvalido, dilacerado como lo seré por tantas chanzas, por tantos palos y, en fin, por tantos dardos? ¿Quizá entre los Apolos (3) parisinos tendré licencia para hallar refugio siquiera una horita? En absoluto. Pues, ¿qué esperanza de salvación podrá haber para mí si llego a caer en manos del eruditísimo Jean Tagault, Decano de la Facultad de Medicina por su admirable prudencia y sabiduría, o en las de Johan Gunther, atentísimo y fidelísimo intérprete de los autores griegos? Ciertamente ninguna. París, pues, ha de descartarse. ¿Y qué tal buscar asilo en Flandes? Mas ni siquiera allí podría residir a buen recaudo, puesto que con su esplendor gobierna aquellas tierras quien tú bien conoces, el muy preclaro Luis Vives, vindicador acérrimo de las bellas letras, gloria y providencia esplendidísima de todos los hispanos. Y pues no conoce límite ni fin a la hora de acabar con los falsos autores, y las obras de los más doctos sabios ha vuelto más genuinas (tan grande es la facultad de este hombre) y las ha revisado con la destreza de su ingenio, siempre que en ellas ha encontrado algo espurio, frívolo o falsificado (con lo que ha provocado las bajas pasiones de sus calumniadores), si por casualidad llego yo a sus manos, me arrojará entero, como se hace con una obra espuria, apócrifa y falsa, y según me lo tengo bien merecido, a las fauces de Vulcano. Allí, pues, no veo yo que haya asilo alguno para mí, y por eso debo navegar a otro lugar. ¿Acaso entonces a Salamanca, al muy floreciente emporio hispano? Pero allí, si exceptúas a unos pocos que son especialmente ilustres en las disciplinas superiores y también en la medicina, los demás son todos unos *injuriadores*, unos charlatanes y unos sofistas, cuyas falacias e imposturas, ¿cómo podría deshacerlas yo, tan poco ejercitando como estoy en el arte refutatoria? De todos los posibles refugios creo que a mí me queda uno solo: ser devastado por las llamas como criatura nacida antes de tiempo, mutilada e imperfecta, pues es preferible que perezca de una vez en el fuego a verme

en tantas ocasiones herido por tantas críticas y censuras. De otra forma, lo que sucederá es que después de tantos naufragios, después de tantos procelosos peligros, después de tantos turbulentos recorridos, al modo de aquella corneja horaciana (4), regrese implume hasta ti como causante de mis calamidades; o en caso de que no pueda regresar, lo que sí podrá suceder es que, del mismo modo que las crías de las aves que, impelidas por su gran deseo de volar antes de poseer la fortaleza o habilidad necesarias, caen el abismo y al precipicio, así yo, inmaduro, más inexperto y vil que nadie, intente llegar a tal altura que por algún rayo divino, como nuevo hijo de Apolo (5), me vea arrojado hasta el abismo”.

Tras oírlo proferir de esa manera tantos lamentos, que incluso a los más experimentados habrían infundido inusitado temor, temblaba yo en un mar de dudas y sentía embargado por una gran angustia y, como suele decirse, con el lobo agarrado por las orejas (6), pues no sabía si debía plegarme a sus palabras o más bien, como había decidido antes, sacarlo a la luz. Me parecía que él había realizado una justa petición, pero en cambio a mí me dolía en lo más profundo haber perdido tanto tiempo en vano. Así pues, cuando llevaba largo rato colgado de esta cruz y estaba ya casi a punto de desesperar, te me hiciste tú presente. Reinoso, el más docto con diferencia de los humanos, y con sólo el recuerdo imperecedero de tu nombre diste nueva vida y vigor a mi espíritu, consumido ya prácticamente por el fuego increíble de las preocupaciones. Tú, digo, te me viniste de pronto a las mientes, tú que (por callarme otras virtudes tuyas) aventajas extraordinariamente a los médicos de nuestro siglo en la elegancia de tu lenguaje, en el conocimiento de las letras griegas, en la experiencia suma en todos los asuntos y, lo que suele ser más destacado en los varones doctos, en la más grande humanidad y benevolencia. Y en lo que atañe a la praxis médica, has ejercido ya tanto la profesión, que no siento rubor en aplicarte a ti el dicho aquel que suele decirse del prudentísimo viejo Hipócrates:

*multitud de trofeos sobre las enfermedades elevó con las armas de la Salud, y ganó gran renombre, no por azar, sino por su arte (7),*

pues en nada desdices de Hipócrates.

Y, entre tanto, tampoco se me ha olvidado con cuánta propensión de ánimo, con cuánta sinceridad de corazón, con cuánta diligencia en todas las cosas me exhortase al cultivo de las bellas letras, sobre todo cuando regresaste de Italia y viniste hace unos años a París. Confiado, pues, y protegido por tales argumentos, aunque aún consternado en mi ánimo, recobré aire y fuerzas y, aun a su pesar, me ocupé decididamente de dar a la imprenta el librito, como arrancado por fin de las llamas.

Cosa tuya es ya, clarísimo doctor, si por azar llegara a ti mi criatura, en verdad muy mal alimentada, cuidarla y fortalecerla como a tu propio hijo, pues si

## UNA CURIOSA EPÍSTOLA DE ANDRÉS LAGUNA

tú, que eres el más ilustre de los médicos y a cuyo regazo él corre a refugiarse como al de un padre, lo abandonas, no tendrá ya nada más con que poder cuidar de sí. Pero si para relajar tu ánimo te decidieras a leer estas bagatelas mías, me gustaría que las leyeras y las examinaras todas de arriba abajo como un benigno censor y que, en virtud de tu urbanidad, tuvieras clemencia, en consideración a la debilidad de mi minerva, de todo aquello que no estuviera correctamente dicho, pues tú conoces bien aquel refrán de que *un solo hombre no lo ve todo* (8).

Que te vaya bien, eminentísimo doctor, y que, tal como has comenzado, sigas prestando tus buenos servicios a las bellas letras.

En París, 24 de septiembre de 1535.

**NOTAS**

(1) Se refiere a Peán o Peón, epíteto ritual del Apolo médico, origen de la estirpe de los Esculapios, con quienes se encuentra emparentado, según la tradición, el propio Hipócrates. No obstante, ya desde los poemas homéricos aparece un dios sanador independiente llamado Peán o Peón. Sea como fuere, la expresión metafórica *ars Paeonia* designa sin más el arte médica.

(2) Ter., *Haut.*, 342; Erasmo, *Adagia*, I, 7, 19 p. 223 b.

(3) Como en el caso de 'arte peonia', es muy frecuente en los textos renacentistas el empleo metafórico del nombre de este dios para designar a los médicos.

(4) Hor., *epist.*, 1,3,19.

(5) Se refiere a Faetonte, el hijo del Sol, identificado desde época alejandrina y romana con Febo Apolo, quien robó el carro solar de su padre y, sin poder domeñarlo, anduvo a la deriva entre el cielo y la tierra y estuvo a punto de abrasarlo todo, ante lo que Zeus, con un rayo, lo abatió y arrojó sobre el río Erídano.

(6) Ter., *Phorm.*, 5065; Erasmo, *Adagia*, I, 5, 25, f. 140 b.

(7) *Antologia Graeca*, VII, 135.

(8) Erasmo, *Adagia*, I, 5, 40, p. 146 a.